

Revista Aragonesa de Teología

Año XV - Nº 30 - 2009

Julio-Diciembre



**Revista
Aragonesa
de
Teología**

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2009

Edita:

C.R.E.T.A.
Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:

Pedro Fraile Yécora
Carlos Tartaj Sánchez
Julián Ruiz Martorell
José M.^a Andreu Celma

Confección y maquetación:

Sdad. Coop. Librería General, S.L.

Administración:

C.R.E.T.A.
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza
Tel. 976 467 378

Suscripciones:

Secretaría del CRETA

Impresión:

Sdad. Coop. Librería General
ISSN: 1135-0447
D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>San Pablo (Su persona y su pensamiento)</i> Federico Pastor	7
2. <i>El pensamiento religioso de Darwin</i> José Antonio Rojo Martínez	23
3. <i>Para comprender a Darwin</i> M.^a Victoria Arruga	45
4. <i>Neodarwinismo: algunos aspectos</i> Juan Jesús Bastero Monserrat, SJ	67

AVISO A NUESTROS LECTORES:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el número de su cuenta. Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios. Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

NUESTRA DIRECCIÓN ES:

CRETA

**Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza**

EDITORIAL

La primavera nos sorprendía con una encíclica, Caritas in veritate, largo tiempo esperada, en la que Benedicto XVI hace una reflexión sobre la actual, delicada y cambiante situación social que vive el mundo y, con su lectura, responde a los rumores que se hacían sobre su publicación desde hace mucho tiempo y la tardanza en aparecer.

Queriendo ser una reflexión coincidente con el cuadragésimo aniversario de la gran encíclica Populorum Progressio de Pablo VI, estando prácticamente preparada para su firma, se desencadenaron los fenómenos de la actual crisis. Las llamadas de atención, por la carencia ética y la falta de criterios humanos en la gestión diaria de los grandes flujos financieros y económicos, se hicieron realidad antes de que el profeta las pronunciara.

Esa actualidad podría haber servido para una difusión mayor y un debate más animado sobre la situación ética de nuestro mundo global. Pero la proximidad del verano, con su interrupción vacacional, y la procedencia de la crítica hicieron que pasara bastante inadvertida.

Esperamos que el curso que ahora comienza sirva para retomar el tema y el documento, para saber exponer en términos de competencia social, económica y teológica los criterios que ahí aparecen en continuidad con las encíclicas anteriores pero también en evolución y actualización.

Pocas cosas son tan cambiantes como el mundo socio-económico. Pocos ámbitos hay en donde se vea tan claramente lo que es la afirmación de los grandes criterios en los que apoyar nuestra convivencia y los cambios que han de experimentar estos mismos criterios para hacerlos significativos y prácticos.

La formación de una conciencia social moderna y actualizada, inteligente y eficiente, es una gran tarea para una comunidad cristiana anclada en una visión anticuada, pobre e ineficiente de nuestra gran palabra: LA CARIDAD

También nos sorprendió la primavera con la caída de un árbol a cuya sombra muchas personas solíamos acogernos para reparar ánimos y volver al sol del camino diario. No es que fuera un árbol robusto de grandes ramas y tronco inmenso, el aspecto de Javier Calvo nunca fue de salud desbordante y de apariencia física, pero tenía raíces profundas, sombra relajante y aromas frescos.

Su riqueza no estaba en el exterior ni en su reconocimiento institucional, estaba en su formación, profunda, en su cercanía, amistosa, y en su fe, abierta, inteligente, salpicada de humor y provocadora en sus preguntas.

Fue fundador del CRETA (Centro de Estudios Teológicos de Aragón) y su director durante muchos años. Apoyó la aparición de nuestra revista y, hasta el final, impulsó la formación teológica y sicológica de los sacerdotes como respuesta al déficit de formación de los creyentes.

Simpatizó sinceramente con el anhelo femenino de participar más intensamente en la vida litúrgica, académica e institucional de la Iglesia y provocó que muchas estudiaran teología.

Su humor se tornaba un poco oscuro al comentar la realidad eclesial de estos últimos tiempos y susurraba una palabra no bien comprendida pero sí muy necesaria: Formación.

Con él se han ido varios sacerdotes más, unos mayores, otros no tanto. La mortandad clerical no es consecuencia de la gripe A sino de otra gripe que azota a nuestra comunidad, la vejez del clero y el exceso de trabajo.

La escasez de vocaciones sacerdotales no puede descansar sobre los pocos que van quedando. Descargar sobre ellos una cuestión ministerial que afecta a la cultura y a las estructuras de la Iglesia solo puede tener consecuencias muy graves sobre su conciencia y su salud física y sicológica. Compensar esa escasez recurriendo a otras iglesias que también tienen escasez no parece una solución.

Habrà que rezar y habrá que pensar, esperando que en la oración no le dictemos a Dios lo que tiene que hacer y en la reflexión puedan participar todos los que tengan algún interés.

Recordar que acaba el Año Paulino y hemos querido sumarnos al recuerdo del gran mensajero y traductor del Evangelio a los nuevos esquemas culturales con los que se encontró para que las personas entendieran el alcance y sentido de la salvación de Jesús y así pudieran vivirlo con alegría y esperanza.

También nos hemos sumado a las celebraciones del Bicentenario de Darwin porque los creyentes le debemos mucho en la comprensión de nuestra fe y todavía nos quedan algunas lagunas en la comprensión de la teoría que él inició y que hoy va, también ella, evolucionando y encontrando nuevos caminos de sorpresa y de diálogo.

Finalmente, ante los miedos que se desatan con la crisis económica y la inminencia de la epidemia de gripe A, el deseo de mantener la esperanza, la solidaridad y la confianza en el Compañero de camino.

San Pablo

Su persona y su pensamiento

Rev. Aragon. Teol. 30 (2009)

Federico Pastor

No es sencillo escribir algo nuevo sobre Pablo el Apóstol. Tal no es mi intención. Pero sí tengo un doble intento: por un lado contribuir a los fastos del ya finalizante “Año paulino” que ha tenido más repercusión de cuanto era de augurar en un comienzo. Y, por otro, ofrecer a los posibles lectores un acercamiento, no por limitado, menos sólido y comprensible a la figura y pensamiento del Apóstol, teniendo presente, en la medida de lo posible algo de cuanto sobre él se ha escrito¹.

Biografía

A la hora de pensar en la vida de Pablo solemos acudir de forma más o menos consciente a lo que nos cuenta sobre él el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Por ejemplo, tenemos asociada la conversión de Saulo a la caída de un cierto caballo porque el relato de Hecho dice que cayó a tierra (Hch 9,4) aunque por ninguna parte se nos diga que hubiera cabalgadura alguna. Y así multitud de datos más o menos fundados. Ciertamente muchos de ellos son fiables para conocer las andanzas del Apóstol antes y después de su conversión, pero no podemos olvidar que la intención de Lucas –como la de ningún evangelista tampoco– no era narrar anécdotas sobre sus protagonistas sino transmitir convencimientos de fe. Por lo cual, a la hora de confeccionar este mi relato habré hecho una evaluación de los datos y habré dado preferencia a lo que el propio Pablo nos dice sobre su persona y vida en sus propias cartas.

Hacia comienzos de nuestro modo de contar el tiempo, redondeando mucho las cifras en el año más menos 0 ó 1, nace en el ángulo sureste de la actual Turquía, en Tarso, justo donde la cosa de Anatolia gira hacia el sur, un niño judío de nombre Saulo². Es hijo de familia originaria de Galilea que, como tantos otros judíos, ha emigrado de su

¹ De forma especial voy a utilizar algo del material de una obra mía tan reciente que está en trance de ser entregada a la imprenta. Sirvan estas líneas de adelanto y presentación de ella.

² No sabemos si “Pablo/Paulo”, cognomen romano, era llevado por Saulo o por su familia ya desde el comienzo o si lo adoptó a lo largo de su vida. En todo caso en sus cartas coherentemente siempre se designa a sí mismo como Pablo.

tierra y se han instalado en suelo helenístico. Son judíos de antiguo, pertenecientes a la tribu de Benjamín (Flp 3,5) Son gentes acomodadas, quizás hasta ciudadanos romanos, que pueden dar a su hijo una educación esmerada, tanto en las disciplinas profanas comunes en su ambiente, como en los aspectos religiosos. Andando el tiempo, muy interesado por todo lo relativo a la religión de sus padres, el joven desciende a Jerusalén para recibir una formación de rabino y allí emprende una brillante carrera. Es posible que era fariseo por su casa, pero, si río, entra en ese grupo como él mismo dirá más tarde (Flp 3,5) y es un fervoroso defensor de las propias tradiciones, por encima de sus coetáneos (Gal 1, 13-14).

A mediados de los años 30 se tropieza, sin embargo, con un grupo de judíos, desde su punto de vista disidentes y peligrosos para la fe de Israel. Son los seguidores de un tal Jesús de Nazaret muerto en cruz por las autoridades judías y romanas, del cual sus seguidores afirman que ha sido resucitado por Dios de la tumba donde fue depositado luego de morir y le ha proclamado Señor. Evidentemente una persona tan interesada por las tradiciones religiosas de su pueblo no puede tolerar esa disidencia y hace todo lo posible por destruir esa incipiente herejía. Y no sólo en Jerusalén sino también allí donde puede llegar, concretamente en la importante ciudad de Damasco donde parece que han llegado algunos partidarios de la nueva fe. Estamos hacia el año 35.

Pero, en el camino, algo totalmente nuevo e inesperado le acontece tal como él mismo cuenta en su Carta a los Gálatas (1, 15-16) y 1 Cor 9,1, 15,8): se encuentra con el Jesús Resucitado. Es una vocación como la de los antiguos profetas de Israel pero con un contenido nuevo, a saber, que Dios ha dado la razón a las pretensiones de Jesucristo que le han llevado a la muerte, que le ha glorificado y exaltado sobre todos. Pablo llega al reconocimiento de que "Jesús el crucificado, actualmente ¡vive! Por el poder de Dios". Lo cual significa una proclamación de su señorío y da razón a todo su mensaje y pretensiones. Es una total revelación del significado de esa persona y de su obra. Y Pablo lo acepta incondicionalmente.

Ante esta experiencia Saulo se rinde, baja sus defensas y lo admite no sólo como un personaje a cuyos seguidores no se debe perseguir sino como alguien que da un nuevo sentido a la vida y que ha de ser anunciado al mundo. Es un cambio radical y definitivo que configura toda su existencia y actividad y en el que va profundizando a lo largo de toda su vida.

Ya tenemos a un Pablo cristiano que no puede guardar para sí su descubrimiento.

Y pese a las dificultades en ser aceptado por los cristianos anteriores a él comienza a anunciarlo con el fervor del neoconverso una vez que ha sido instruido en lo que le faltaba de conocer sobre el Señor Jesús. Es más, está tan convencido que, a las inmediatas, no necesita del apoyo institucional de los apóstoles anteriores a él aunque pasado un tiempo va a visitarlos a Jerusalén (Gal 1,18).

Finalmente vuelve a su tierra durante un cierto tiempo. Allí acude a llamarlo a Bernabé y lo lleva consigo a Antioquía, el centro más importante del cristianismo naciente durante los primeros treinta años de existencia del movimiento, una vez que los cristianos – así llamados por primera vez en esa ciudad – han tenido que abandonar Jerusalén. Allí recibe más información sobre las tradiciones de Jesús y probablemente ayuda en su elaboración y transmisión.

Pero Pablo no quiere quedarse en el mismo sitio mucho tiempo. ¡Ay de él si no anuncia el Evangelio! (cfr. 1 Cor 9,16). Y así emprende, al principio acompañado por Bernabé y luego solo, largos viajes por Chipre y Anatolia primero para pasar luego a Grecia³. Son los llamados “tres viajes misioneros” (años 47-48, 50-52 y 54-55 poco más o menos)⁴. Funda comunidades por muchas grandes ciudades de la zona, recorres miles de kilómetros, pasa grandes penalidades y peligros (cfr. 2 Cor 11,13-28). Pero logra fundar iglesias en muchos lugares. E iglesias básicamente de paganos que se han hecho cristianos. Es su fundador y se cuida de ellas. Cuando no está presente les escribe las cartas que se nos han conservado. Unas veces será para resolver cuestiones que le proponen o de las que se ha enterado y otras veces por deseo de comunicarse con sus cristianos y compartir su vida. También hace colectas para comunidades necesitadas, en especial la de Jerusalén.

La conversión de tantos no judíos plantea un problema a la iglesia primitiva que ha de resolverse en la reunión (“concilio”) de Jerusalén hacia el año 49. El debate versaba sobre si había que imponer a los cristianos de origen no judío los preceptos de la Ley de Moisés, de la Torá, especialmente la circuncisión con todo lo que implicaba. Evidentemente Pablo, tras sus experiencias internas y externas, es uno de los defensores, junto con Bernabé, de la postura “avanzada” y liberal de no imponer ninguno rito judío. Y tienen éxito. Con ello el cristianismo cobra un carácter universal, dependiente sólo de Cristo y desligado de su matriz judía.

Pablo va apareciendo cada vez más como un personaje relevante en la iglesia primitiva. Un episodio en esa línea es lo que él mismo cuenta sobre su enfrentamiento con Pedro conocido como el “incidente de Antioquía (Gal 2,11-14). Aparece la postura radical, liberal y liberada, poco dada a componendas y políticas que Pablo tiene al censurar públicamente a Pedro por su conducta de retirarse de la comunidad de mesa con los cristianos de origen pagano por miedo a otros cristianos judaizantes estrictos procedentes de Jerusalén, cuando antes de que éstos hubieran venido no había problemas. Quizás no es que Pedro tuviese miedo o respeto humano, sino que era más “político” y

³ Estos viajes nos resultan conocidos por Hechos de los Apóstoles (13-14; 16,40-18,22 y 18,23-20,38).

⁴ Un detalle curioso es que la estancia de Pablo en Corinto, en los años 51 ó 52 es el dato cronológico mejor conocido y más seguro de todo el Nuevo Testamento gracias a los descubrimientos arqueológicos.

prestaba más atención a la tranquilidad de la comunidad aun a costa de ciertas cosas. Pablo, en cambio, muy en su línea no acepta ningunas medias tintas y se atreve a re-prender públicamente al primero de los doce. Episodio importante más por lo teológico que por lo histórico.

Tras esto continúa sus viajes de la forma que se ha dicho arriba.

Una vez terminados los viajes, Pablo, siempre según Hechos, se dirige a Jerusalén y, tras varias incidencias es detenido por los romanos y permanece en prisión dos años en Cesarea Marítima (Hch 21,1-34; Hch 24,27) para terminar yendo a Roma en un viaje con muchas peripecias y aventuras (Hch 27,1- 28,16) hacia finales de la década de los 50.

A partir de ese momento es aún más difícil saber lo que fue de Pablo. Quizás cumplió entonces su intención de visitar España (Rm 15,24.28), pero no es seguro.

Finalmente el año 64 tiene lugar el incendio de Roma y la subsiguiente persecución de Nerón, en la que según antigua tradición, Pablo muere decapitado en la vía Ostiense hacia el año 66.

Persona y personalidad

El ser humano Pablo de Tarso está transido por la figura de Nuestro Señor Jesucristo, está seducido por él y a él dedica toda su existencia mediante la predicación de su mensaje a un mundo que, hasta entonces, no lo ha conocido.

Siendo un hombre de ciudad y no de campo frecuenta los núcleos urbanos de la época, con los que está familiarizado, porque sabe de juegos deportivos, milicia, banca, mercados y templos, comercio y foro, cultura y religión tal como se vivían en el ambiente griego helenístico. Y, como es lógico, conoce la cultura del ambiente griego. Como por otra parte ha sido formado en un judaísmo observante, está al tanto de todo lo relativo a esa religión. Y por ello es alguien que puede servir de puente entre dos culturas y dos o tres —si queremos distinguir el cristianismo del judaísmo—, ambientes religiosos.

Su género de vida es el de un predicador itinerante urbano, parecido un tanto a los filósofos cínicos ambulantes. Su actividad viajera y organizativa es enorme. Si hoy día repetimos sus itinerarios, con los medios de transporte y alojamientos actuales, nos daremos cuenta del esfuerzo, aun meramente físico, que supuso su actividad. Eran miles de kilómetros a pie o en embarcaciones pequeñas, inseguras e incómodas. A pesar de las relativas facilidades ofrecidas por la red imperial de comunicaciones los peligros eran grandes, como lo era la dureza de esta vida.

En buena tradición rabínica trabaja para mantenerse (1 Cor 4,12; 9,12; 1 Tes 2,9) en su oficio de tejedor de tela para tiendas y no cobra por su ministerio, aunque a veces reciba alguna ayuda de comunidades con las que tiene más confianza (2 Cor 11,9; Flp 4,16). En general su género de vida es austero, aunque no pretende ascetismos especiales. Sabe usar de los bienes materiales y también privarse de ellos.

Durante su actividad apostólica no tiene mujer, al menos cuando escribe la Primera Carta a los Corintios, aunque, dadas las costumbres rabínicas pudo haber estado casado y haberse quedado viudo o haberse separado de su hipotética mujer.

Dada la ingente actividad en condiciones tan precarias, hubo de tener buena salud en general, al menos resistencia, aunque tiene debilidades que reconoce (2 Cor 11,130; 12,7-9) igual que dice de sí mismo *que su presencia personal es poca cosa* (2 Cor 10,10).

En cambio tiene un temperamento apasionado. No deja indiferente a quien se pone en contacto con él y suscita antipatías y simpatías. No es dado a matices o medias tintas, sino es radical, capaz de amor y ternura o de enfado e irritación hasta la grosería. Por eso tiene amigos de ambos sexos y enemigos.

Pese a su fama no es misógino ni antifeminista y tiene mujeres de colaboradoras al mismo nivel que los hombres como nos muestra el lugar y las funciones de las mujeres en sus comunidades.

Y finalmente, es un místico en el mejor sentido de la palabra, apasionado también por lo trascendente antes y después de haberse hecho cristiano. Sólo que, luego de su cambio, el foco central de su vida religiosa y relación con Dios es Jesucristo muerto y resucitado.

Cartas

Además de sus visitas, Pablo mantiene contacto con comunidades e individuos por medio de cartas. Son cartas dictadas y no escritas de su puño y letra. Se parecen más a un sermón o a una charla que a un escrito pensado detalladamente y escrito con calma, como Hebreos, por ejemplo. Por eso hay que ponerse en la correspondiente actitud a la hora de leerlas, intentado quedarse con las ideas principales y no con todos los detalles, sobre todo cuando algunas, Gálatas por ejemplo, están escritas con pasión y, todas, con estilo un tanto agitado y desorganizado aunque suficientemente comprensible con un cierto esfuerzo.

Como son cartas reales y no ficticias hay que tener en cuenta que, como siempre que leemos las cartas de una persona a otras que no somos nosotros, muchas

cosas nos resultarán extrañas simplemente porque están pensadas y escritas para circunstancias que no son las nuestras. Pero es una dificultad que puede superarse.

Finalmente, aunque antes de hacerse las primera copias y colecciones de esos escritos enviados a diferentes partes, haya habido alguna modificación del texto original, sobre todo fundiendo diversos escritos en uno solo (esto ocurre con Segunda Corintios y Filipenses), se nos han conservado siete cartas que sin duda fueron escritas por el Apóstol (Romanos, Primera y Segunda Corintios, Gálatas, Filipenses, Primera Tesalonicenses y Filemón). De las otras hay dudas. Colosenses y Efesios probablemente las escribió un colaborador muy cercano de Pablo. Hay todavía más dudas sobre Segunda Tesalonicenses, y hay tres, las llamadas Pastorales (Primera y Segunda Timoteo y Tito) que con práctica certeza según las investigaciones actuales, no fueron ni escritas ni dictadas por el Apóstol, pese a las apariencias, sino fueron compuestas bastante a finales del siglo I, usando, quizás, fragmentos de alguna carta desaparecida.

Dentro de las dificultades que estos escritos ya representaban antiguamente (cfr. 2 Pedro 3,15-17) hay que convencerse de que, además de los primeros escritos del cristianismo pues son anteriores a los Evangelios Sinópticos, son un elemento fundamental para comprender y vivir nuestra fe. Porque, somos muchos los que pensamos que Pablo ha sido el mejor teólogo y evangelizador de toda la historia del cristianismo.

Teología

*Nuestro Señor Jesucristo. Muerte y resurrección de Cristo. Dios Padre. El Espíritu. El ser humano. La iglesia. Ética.*⁵

La teología/pensamiento de Pablo es fruto de su experiencia de Cristo y está encaminada al anuncio del Evangelio a otras personas. Estos dos rasgos son determinantes para comprender lo que piensa, lo que dice y lo que hace.

Nuestro Señor Jesucristo. Aunque Pablo era creyente antes de hacerse cristiano, su encuentro con Jesús muerto y resucitado transforma su universo religioso en casi todos los aspectos. El *para mi vivir es Cristo* de Flp 1,21 no es sólo la expresión de un gran afecto hacia la persona del Señor Jesús, sino la clave para entenderle a él y a su teología.

⁵ Me he permitido confeccionar este resumen tomando como base un trabajo mío sobre teología paulina que aparecerá próximamente.

Dicho esto, el Jesucristo con quien Pablo se relaciona es el Cristo resucitado y glorioso. No lo separa del Señor histórico y muerto en la cruz. Pero el Cristo que ha seducido a Pablo es el Cristo resucitado, vivo por el poder de Dios después de la muerte en cruz y que se comunica con los seres humanos.

El Jesús histórico, terrestre, confiere a la relación y predicación de Pablo con y sobre Cristo su talante de realismo e inmediatez. No hace muchas menciones ni alusiones a la predicación de Jesús ni a episodios de su vida, entre otras razones porque su correspondencia va dirigida a cristianos que ya conocen la figura de Jesús. Las cartas de Pablo, en efecto, tienen una finalidad enteramente diferente de la de dar informaciones sobre la vida de Jesús. Pero la realidad histórica de Jesús de Nazaret está en la base de todo su anuncio.

Como lo está la muerte en cruz y el testimonio de la Resurrección. En cuanto al testimonio histórico de la Resurrección —el hecho mismo es metahistórico— Pablo es, cronológicamente hablando, el primer testigo cuyas palabras nos han llegado directamente y que, además, transmite una tradición anterior (1 Cor 15, 3-8), con lo cual —dada la fecha de esa carta— podemos estar hablando de un testimonio muy pocos años posterior a la Pascua. De ahí la importancia de sus palabras. Tanto por lo referente a los demás primeros cristianos como primer transmisor por escrito de la tradición como por el testimonio personal, porque Pablo es el único que pudo decir, en primera persona, *se me apareció a mí* (1 Cor 15,8).

Es, en cambio, menos relevante el destacar que Pablo contó durante gran parte de su vida —quizás durante toda ella— con que el Señor Jesús iba a volver a coronar su obra gloriosamente. Es obvio que esta expectativa no se cumplió, pero tanto una cosa como otra no tienen gran trascendencia para la comprensión y vivencia de la figura de Jesús.

Pablo predica al Hijo de Dios hecho hombre, solidario con los seres humanos hasta la muerte de cruz (Flp 2,6-11). En ello coincide con los demás primeros cristianos, algunas de cuyas formulaciones usa (Rm 1, 3-4) para hablar del doble aspecto, humano y divino del Hijo. Conoce su preexistencia del Hijo (cfr. Gal 4,4-5) y, aun su carácter divino cuando dice que *existiendo en forma (realidad) de Dios no estimó una presa (que había que conservar) el ser igual a Dios* (Flp 2,5).

Pero destaca el hecho de la Encarnación, aunque no use esa palabra. Contempla al Hijo “vacándose de su condición divina”, es decir, no usándola en modo alguno en su vida terrena, sino participando de la humanidad hasta en sus aspectos más negativos, *tomando forma de esclavo, hecho semejante a los hombres y pasando por uno de tantos* como dice la traducción litúrgica del himno de Filipenses 2,5. Es un vaciamiento total hasta llegar a hacerse del todo solidario con los seres humanos. En este

contexto Pablo emplea la frase más fuerte de todo el Nuevo Testamento referida a Nuestro Señor Jesucristo: *a quien no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros a fin de que fuésemos justicia de Dios en él* (2 Cor 5,21), entendiendo aquí “pecado” en el normal sentido paulino de situación general negativa y deshumanizadora, no acorde con el plan de Dios. En ella se introduce el Hijo y afronta sus consecuencias personalmente por amor y solidaridad con los seres humanos. Ello es lo que a Pablo le seduce y le hace entregarse por entero al Señor Jesús.

En cuanto a la denominación “Cristo” Pablo la emplea prácticamente como un nombre propio de Jesús, unas veces unida con el nombre, dando “Jesucristo” y otras no. Pero ya ha perdido en la correspondencia paulina el primitivo sentido de “Mesías”.

En cambio emplea continuamente, al igual que la primera comunidad, el apelativo “Señor” en diferentes formas “mi Señor”, “Nuestro Señor”, “Nuestro Señor Jesucristo”, “Señor Jesús”, como un recuerdo de la probablemente más primitiva confesión de fe.

Muerte y resurrección de Cristo. Pablo está mucho más interesado en Jesucristo como Salvador de los seres humanos que en una consideración meramente teórica, especulativa, y aun pía o devota de su persona. Curiosamente no emplea mucho la terminología de “salvación”, pero expresa de muchas y variadas maneras los efectos beneficiosos para los seres humanos que Jesucristo y su unión con él por parte la humanidad les procura. Algunas de ellas las veremos más abajo.

La actividad salvadora de Nuestro Señor la ve Pablo concentrada en su Muerte y Resurrección. En ambas, no sólo en la muerte como ha sido – y desgraciadamente todavía es en muchas partes – el caso. Con fórmulas tradicionales y con otras propias afirma que Jesucristo ha muerto y resucitado por nosotros (1 Tes 5,9-10; Gal 2,2, 3,13; 1 Cor 1,13; 11,24; 2 Cor 5,14-15; 5,21; Rn 5,6-8; 8, 32-34; 14,15). La salvación humana se lleva a cabo mediando los dos acontecimientos en conjunto, aunque, tal como lo expresa, algunos aspectos destaquen más en uno que en otro.

Así la muerte de Cristo revela la capacidad de destrucción que tiene la situación humana del pecado que ha sido capaz de matar al autor de la vida. De forma menos metafórica puede decirse que Cristo muere en la cruz por causa del pecado en el mundo, representado por los actores concretos que han llevado a cabo la muerte de Cristo. Él se ha opuesto a tal pecado, injusticia, dominio religioso, opresión... y ha sufrido las consecuencias.

No es necesario, y ciertamente, no es paulino, hablar de satisfacción a Dios o substitución en el sentido de que Cristo muera en lugar de los seres humanos. Tampoco cabe la expiación en sentido de ofrecer un sacrificio a un Dios ofendido para hacerlo favorable. La única vez que Pablo habla de Cristo como propiciatorio de Dios (Rm

3,25) significa lugar de encuentro entre el ser humano pecador y Dios, que perdona al mundo en la cruz por amor. E igualmente apenas ha lugar en la teología paulina la concepción de la muerte de Cristo como sacrificio.

De modo análogo la muerte de Cristo muestra lo negativo del régimen legal y libera del él (Gal 3,13; 4,5; 8,3) como veremos más abajo.

Y por su parte, aunque estrechamente unida con la muerte, la Resurrección hace en primer término que Cristo no permanezca en la muerte sino pase a un género de existencia gloriosa y permanente (Rm 1,4; 6,9). No es una vuelta atrás, una revivificación, sino el tránsito a un tipo de vida muy diferente y superior. Lo esencial de la visión paulina es que lo que le ha ocurrido a Cristo, es imposible que no le ocurra a los cristianos. Tal es el sentido de todo el capítulo 15 de primera Corintios, especialmente de 1 Cor 15,12-28. La vida nueva del Resucitado pasa a los que se han unido a él. Lo cual es la expresión más alta de la salvación, pues es la vida del Hijo glorioso.

Dios Padre. Pablo comparte con el judaísmo contemporáneo la fe en un único Dios. Lo cual no quita con que cuente con un posible contacto con Dios independientemente de la revelación. Un conocimiento que podemos llamar religioso más que teórico-especulativo, abierto a todos los seres humanos del mundo y que pide una actitud de reconocimiento y adoración de la divinidad (cfr. Rm 1,18-24).

Es evidente que algunos rasgos del Dios del Antiguo Testamento están presentes y operantes en Pablo: así su concepción de un Dios uno y único trascendente, origen y destino de todo, creador y meta del cosmos. Es un Dios vivo, que se revela en la historia humana por medio de hombres y que ha tenido unas especiales relaciones con Israel.

Sin embargo lo esencial para el Pablo cristiano es que Dios es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, su *Abbá* (papá) y, por ello mismo, Padre de todos los seres humanos que son, por consiguiente sus hijos.

Es un Dios salvador, que ha puesto en marcha un plan de salvación desde el mismo momento de la creación y que, mediante su Hijo hecho hombre, lo va llevando adelante, por etapas, integrando aun los fallos humanos, hasta una consumación en que *Él sea todo en todos* (1 Cor 15,28).

Como puede suponerse fácilmente el punto culminante de ese plan, la *plenitud del tiempo* (Gal, 4,4), es el envío del Hijo para salvar a los seres humanos. A partir de ahí podemos hablar de la época escatológica, es decir, la última, porque se ha producido la total comunicación de Dios con el ser humano en este hijo y no habrá otra nueva. Por tanto, el ser humano ya está salvado. Pero todavía no se han realizado individual y colectivamente todas las virtualidades de esa situación. Tal es la típica escatología pau-

lina. Conjugar simultánea en el ser humano y en la historia, en todos sus aspectos, el “ya” y el “todavía no”, sin soltar ninguno de los dos extremos de la cadena ni renunciar a ninguno de ellos. Ni esperar que la salvación ya ha tenido plenamente lugar, ni esperarla simplemente para más adelante. Con sus palabras: *hemos sido salvados en esperanza* (Rm 8,24).

En diversas ocasiones (sobre todo en Rm 5,5b-8) Pablo destaca que Dios ama a los seres humanos y otras veces sin mencionarlo expresamente se aprecia que el amor de Dios es su motivación para haber puesto en marcha ese plan de salvación.

Es un rasgo muy importante porque en prácticamente ninguna religión se habla de que la divinidad “ame” a los seres humanos, mientras que ya en el Antiguo hay rastros de esa idea (cfr. Os 11,1-4) y mucho más en el Nuevo y en Pablo en particular.

El Espíritu. En la predicación y correspondencia paulina ocupa un importante puesto el Espíritu, entendiéndolo aquí con este término de *pneuma*, el Espíritu de alguna manera relacionado con Dios y con Cristo, no el espíritu humano.

Naturalmente su pensamiento y discurso sobre el Espíritu no es tan preciso como el de otros autores neotestamentarios, Lucas o Juan por ejemplo, lo cual no es de extrañar siendo el primer escritor que toca explícita y expresamente este complejo tema. También influye que Pablo no tiene especiales intereses especulativos sino quiere afirmar la realidad de la presencia y acción interior de Cristo y del Padre en el ser humano, para lo que usa el vocabulario del Espíritu.

La síntesis de los datos que Pablo ofrece, sería que, con esta terminología Pablo quiere expresar que Dios no está cerrado sobre sí mismo. Que ha llevado a cabo la salvación por medio de Cristo y la ha hecho llegar a los seres humanos. Pero no de una forma extrínseca, sino que esa salvación consiste en una presencia de Dios dentro de nosotros mismos.

En el plan de salvación la muerte y resurrección de Cristo tienen una función salvadora definitiva. El Padre ha resucitado a su Hijo por su poder y gloria (Rm 6,4) lo cual le constituye en Espíritu que da vida (1 Cor 15,45). El Padre extiende su acción vivificadora a los seres humanos a semejanza y por medio del Cristo glorioso (Rm 6, 4-11). Pablo llama a eso tener el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos (Rm 8,11 o tener el Espíritu del propio Hijo (Rm 8,9). Otras veces, en cambio hablará de que el Espíritu habita en nosotros (Rm 8,11; 1 Cor. 3,16). Tenemos, pues, algo, alguien, idéntico y no idéntico con el Señor resucitado, lo cual nos constituye en hijos como el Hijo (Rm 8, 14-16), lo cual es lo realmente importante.

Y, evidentemente, este don del Espíritu hace que los creyentes actúen en la comunidad en que viven por medio de los dones que han recibido y que, a pesar de las diferencias de dones haya una profunda y total unidad (1 Cor 12,8-10).

Como era de esperar Pablo no se plantea explícitamente la personalidad del Espíritu en el sentido de la hipóstasis de los Padres griegos posteriores. Solamente habla de efectos del Espíritu en términos personales: el Espíritu intercede, habita, enseña, reparte dones... lo cual es lo que permitió hablar más tarde el Espíritu como hipóstasis⁶ igual que el Padre y el Hijo.

En la perspectiva paulina lo esencial es que el cristiano perciba su relación con Dios en términos personales. Y para ello es muy conveniente hablar del propio Espíritu de esa forma.

El ser humano. Es el ser humano el punto final, si se quiere, el destino de toda la predicación paulina reflejo y proclamación de la acción salvadora de Dios. Cabría decir que la teología paulina es antropología soteriológica.

Pablo concibe al ser humano de manera unitaria, no dividido entre cuerpo y alma o materia y espíritu. Ni tampoco piensa que lo material sea más malo que lo inmaterial. Cuando habla de "cuerpo", "carne", "alma" y "espíritu", en general designa con esos términos la totalidad de la persona y no una parte de ella, destacando, respectivamente y en términos muy aproximados, su capacidad de comunicación con el mundo y con los demás, su carácter débil y contingente en lo físico y en lo moral, la vida natural, y su capacidad de comunicación con Dios.

Y el otro rasgo principal humano es la solidaridad y socialidad, el hecho de estar unido, para lo bueno y para lo malo con los demás, no tanto por opción o decisión individual sino porque los seres humanos estamos hechos de esa manera.

Pablo divide a los seres humanos según su relación con Cristo, llamándolos —simplifico un poco— "ser humano fuera de Cristo" y "ser humano en Cristo". Estas divisiones no coinciden, ni mucho menos, con los tiempos de antes y después de Cristo, ni con no creyentes o creyentes, ni tampoco con momentos concretos de la vida individual, por ejemplo antes o después del bautismo. Son más bien rasgos humanos presentes "transversalmente", en cada uno y en todos en conjunto que determinan la condición de cada cual. No en igualdad de condiciones, evidentemente, pues la acción salvadora de Dios siempre es más importante que lo negativo en lo humano.

Rasgos típicos de la condición humana fuera de Cristo son pecado, muerte y ley.

Por pecado entiende Pablo no tanto los actos pecaminosos concretos cuanto el ambiente general humano pecaminoso, fruto de los actos individuales y colectivos más

⁶ Dejo la palabra griega original de los Padres y definiciones de los primeros siglos, que no tiene el significado del moderno término de "persona".

o menos conscientes y responsables. Es una atmósfera de mal presente que contagia y contamina a todos los seres humanos y a la que todos contribuimos, desde el comienzo de la humanidad. Con la frase de Rm 5,12: *por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los seres humanos por cuanto que todos pecaron...* indica Pablo no que Adán fuera el único responsable del pecado en el mundo, sino que todos los demás seres humanos se han ido apuntando, con sus negatividades a la esfera negativa abierta por el primer hombre.

La muerte, por su parte, no es sólo la física, sino que la usa como símbolo de todo lo deshumanizador.

Y la ley es, inicialmente, la Torá judía, la Ley de Moisés (Rm 4,1-4. 13-15: 5.13: 13,8-10; 1 Cor 9,8-9; Flp 3,5-6) . Pero tomada también como símbolo del esfuerzo humano, de la autosuficiencia, del querer llegar a Dios por las propias fuerzas. Este ley es negativa porque hace más consciente al ser humano de su responsabilidad al quebrantarla, pero sobre todo porque su cumplimiento es obra humana y no es proporcional para conseguir ser hijo de Dios. Es una escalera demasiado corta. Y también porque fomenta la autosuficiencia en las propias fuerzas para salvarse, la actitud del fariseo de la parábola que le hace volver condenado a su casa (cfr. Lc 18,9-14).

De esos poderes Cristo libera a los seres humanos con su muerte y resurrección participadas por el creyente que se une a él. Y lo coloca en una nueva situación que podemos llamar de salvado.

Todo ello se lleva a cabo por la fe. Fe que, a partir de Gal 2,20 y Rm 10,9-18 y otros muchos lugares, consiste en reconocer a Cristo como el propio Señor en términos absolutos, en fiarse totalmente de él, en entablar con él una relación global tal que pueda decirse que él es mi punto de referencia total. O, lo que es lo mismo, responder a su llamamiento en todos los niveles, desde el más teórico o intelectual hasta el mucho más importante de los afectos y de la realidad vital. Aunque incluya un elemento de tipo intelectual es mucho más.

No es conforme al pensamiento paulino contraponer ni distinguir fe y obras, pues, como él mismo dice en Gal 5,6 lo que realmente cuenta en Cristo es la *fe que obra (o está animada) por el amor*. Lo cual es coherente con una concepción antropológica unitaria.

Pablo habla de muchas formas de esta nueva situación fundamental cristiana. Lo hace con metáforas cuyo denominador común es señalar una nueva relación del ser humano con Dios por Cristo en el Espíritu. En algunas coincide con los demás cristianos y en otras es más original.

Dice que Dios ha reconciliado al ser humano consigo (Rm 5,10-11; 2 Cor 5,18-20). Lo cual significa no que Dios haya cambiado de actitud respecto a la humanidad me-

diante el "sacrificio" de la cruz, sino que se ha creado una relación de amor y amistad nueva entre Dios y los seres humanos.

Más típica paulina es la justificación, es decir, la comunicación de la justicia de Dios a los seres humanos (Rm 1,7; 3,21-22; 4,1-12; Gal 2,15-21; 3,11...). Justicia divina que consiste, no en dar a cada uno lo suyo, castigos o premios conforme a las acciones humanas, sino fidelidad al compromiso que Dios ha asumido libremente respecto a la raza humana al crearla, es decir, hacerla participar de su misma vida. Y que continúa pese a las infidelidades y pecados de los seres humanos que no merecen esa vida. Por lo cual esta justicia es un recuerdo del evangélico *no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores* y es, por ende, realización de amor y de misericordia. Dada la gratuidad de esa justificación el único modo humano de lograrla es la fe, o sea, la apertura real, total, de toda la persona, y no sólo de la mente, a la nueva relación ofrecida por Dios. Apertura que, evidentemente y dada la antropología unitaria de Pablo, incluye las acciones.

Coincide Pablo con los demás cristianos primitivos en hablar de la nueva situación del ser humano en Cristo como filiación, como ser hijos de Dios (Gal 4, 4-6; Rm 8,14-17). Es una imagen de fácil comprensión, pues el ser hijo es una experiencia humana general. Es obvio que a la filiación corresponde la paternidad y, por tanto, el origen de esta imagen hay que buscarlo en Jesús, que enseña a los seres humanos que pueden y deben llamar a Dios *Abbá*. Y no es irrelevante el paralelismo entre Hijo e hijos, porque los seres humanos somos hijo por el Hijo y en el Hijo.

El punto clave es que la *filiación*, palabra que emplea Pablo, es ciertamente "filiación adoptiva", pero a este término hay que darle su auténtico valor situándolo en el mundo contemporáneo de Pablo. Esa filiación adoptiva era la que realmente importaba, por encima de la biológica. De ahí que los seres humanos sean auténticos hijos de Dios.

En cambio Pablo emplea una metáfora muy propia suya para designar la realidad cristiana: la libertad (Gal 5,1.13; 2 Cor 3,17; Rm 6,18-23; 8,2. 20-21).

Libertad del pecado, de la muerte y de la ley, correspondiendo a las tres categorías negativas del ser humano fuera de Cristo. La liberación/libertad del pecado consiste no en hacer al ser humano impecable o a sacarle de la esfera del pecado, lo cual equivaldría a sacarlo del ambiente humano, sino a que el ambiente de pecado no sea el determinante último de su vida, a que pueda luchar contra él y terminar vencéndole.

De forma semejante la liberación de la muerte no es la eliminación de la muerte física haciendo inmortales a los seres humanos, sino, a semejanza del Resucitado, tener esperanza, mejor certeza, de que la muerte, cualquier muerte, no es la última palabra, sino sólo la penúltima y que, el punto final, es la resurrección.

Y, finalmente, la liberación de la ley no es libertinaje o falta de ética, sino el saber que no es cumplimiento de las leyes, de los preceptos, lo que le proporciona al ser humano una hoja de servicios ante Dios. Que la autosuficiencia y la confianza en las propias fuerzas no son el medio para entablar la relación con Dios que Cristo ha revelado. El cristiano se relaciona con Dios por otro camino, el de la fe que es la relación y entrega persona y total.

Entre estos símbolos de la condición del ser humano salvado figura en multitud de textos (vg. Gal 3,12; 6,8; 1 Cor 15,22; 2 Cor 2,15-16; Rm 5,17-18; 8,13...) el de la vida y vida nueva. Es una forma de hablar muy complexiva y que hace referencia nada menos que a la vida del Hijo, y de Dios en último término, presente en los seres humanos.

Esta nueva condición de existencia la consigue el ser humano por su unión con el Señor Jesús glorioso mediante la fe y el bautismo. Es lo que Pablo ha querido expresar con todo el vocabulario, de propia creación paulina, de *concrucificar* (Gal 2,19; Rm 6,6), *consepultar* (Rm 6,4) *complantar* (Rm 6,5), *con-vivir* (Rm 6,8), *coheredar* (Rm 8,17), *conglorificar* (Rm 8,17) , *con-figurar* (Flp 3,10)...

Y naturalmente esta forma de vivir es un adelanto del destino final humano de la resurrección individual y colectiva afirmada en 1 Tes 4,13-17 y de otra forma en 1 Cor 15,12-28.

La iglesia. Alguien con la mentalidad de Pablo, antigua y semítica entre otras cosas, era lógico que concibiese la relación humana con Cristo y con Dios en términos comunitarios. Y así la comunidad de creyentes tiene una gran importancia en su teología. Cada ser humano no llega a Dios en solitario sino en comunión y comunidad.

No sabemos si fue el primero en usar la palabra *iglesia*, pero sí ha sido el primero en escribirla en la primera frase del Nuevo Testamento *Pablo y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses...* (1 Tes 1,1). Efectivamente los creyentes forman una comunidad, una asamblea que tiene en común muchas cosas.

Inicial y mayoritariamente, al hablar de “iglesia”, Pablo se refiere a la comunidad local de los cristianos que viven en un determinado lugar y tienen en común su opción de fe por el Señor Jesús.

Todas esas comunidades parecen estar vinculadas entre sí, pues algunas veces (1 Cor 15,9; Gal 1,13; Flp 3,6) Pablo habla de *la iglesia de Dios* en términos generales.

En cada comunidad y en todas ellas en conjunto Pablo ve dos tipos de rasgos: el primero y principal es la comunidad de creyentes formando el *cuerpo de Cristo* (1 Cor 10.16-17: 12, 12-13. 27; Rm 12,4-5). Metáfora de la antigüedad clásica para referirse a la comunidad social, Pablo la aplica a los cristianos. En sus cartas auténticas quiere